

melancólica y fríamente simpática sobre el lugar de la tierra en donde el derecho se veía más cruelmente violado. Inglaterra faltó á Francia; ésta faltó á aquélla y ambas faltaron á Europa. La intervención habría sido prematura antes de fines de 1863, cuando por versar principalmente el litigio sobre el Holstein, podía la contienda parecer puramente germánica; tal vez habría sido tardía ó peligrosa al final de la conferencia de Londres, porque entonces las tres potencias del Norte tendían á unir fuertemente su acción: en efecto, Rusia se había desembarazado de la cuestión polaca, Austria estaba demasiado comprometida para volverse atrás, Prusia sentíase demasiado orgullosa para detenerse y Dinamarca se hallaba demasiado abatida para aportar alguna fuerza á sus aliados. Además la opinión pública, viendo sólo el objeto material del debate, no se habría explicado que la posesión de una faja de tierra sleswiguense fuera causa bastante para comprometer la paz general. Pero entre una y otra época hubo un momento decisivo y fué aquel en que los agresores pasaron el Eider, ese antiguo límite de la Germania, ó aún mejor cuando se diseminaron por la Jutlandia, esa antigua tierra danesa. Aquel día el abuso de la fuerza apareció tan claro, que la modestia de los intereses en litigio desaparecía absorbida por la magnitud de la injusticia. En medio de todas las sutilezas germánicas, ¿qué no habría podido conseguir en aquel instante una palabra moderada, breve, clara, que no descendiera á discutir el derecho, sino que se limitara á proclamarlo? En aquel período del conflicto, Prusia no había desarrollado aún todo su armamento, y el Austria, mal acomodada con su papel, balbuceaba excusas, habiendo sido preciso enviar á Viena al Sr. de Manteuffel para calmar sus escrúpulos, proporcionarle argumentos y evitar que se apartara de la alianza. Por otra parte, Rusia había de contar todavía con los restos de la insurrección polaca; Dinamarca no había agotado aún sus recursos y Suecia estaba dispuesta á socorrerla, á condición de que alguien la apoyara. Dada esta distribución de fuerzas, ¿cómo habían de ser impotentes para imponer su arbitraje la Francia y la Inglaterra sólidamente unidas? Dinamarca habría sido salvada y, lo que es más importante, habríase restablecido de tal modo el derecho que en mucho tiempo no hubieran podido atentar contra él los ambiciosos, y asegurando para el presente la vida á los débiles se habría garantizado para el porvenir la seguridad de los fuertes. Pero Dios no concedió á nuestro soberano esta previsión, antes al contrario, condensó delante de sus ojos todas las imágenes que oscurecían su vista. El nombre de Dinamarca era modesto y Napoleón gustaba de las cosas retumbantes; él, que había pecado por exceso de

palabras en la cuestión polaca, pecó por exceso de reserva en la cuestión dinamarquesa; y después de haber acometido en Europa y fuera de Europa toda clase de tareas inútiles, sentíase mal apoyado, aun para las empresas necesarias, por la opinión pública que había llegado á desconfiar de su sabiduría. Una idea fatal le dominaba, la de asociarse con aquellos á quienes habría convenido dominar, y guiado por este criterio, adoptó primeramente una especie de imparcialidad afectada, como si fuera en busca del derecho, y luego, en la Conferencia de Londres, contentóse con hacer balbucear por su embajador algún proyecto de consulta nacional. Los invasores no le escatimaron las gracias, y así el señor de Gramont, cuando fué á Carlsbad, en donde se habían juntado el rey de Prusia y el emperador de Austria, vióse acogido con grandes muestras de cariño y simpatía: «No debo pasar en silencio, escribía en 3 de julio de 1864 nuestro embajador, las protestas de gratitud que ha merecido la política seguida por el emperador en la cuestión danesa;» «Sus Majestades me han demostrado, juntas y separadamente, su gratitud (1).» Estos halagos tienen algo de lastimoso. A fines de 1864 Europa aparece tranquila todavía, pero desorientada; impera la paz, pero una paz inestable que nada de común tiene con el orden. Sólo un hombre triunfa, Bismarck, el cual ha puesto la mano sobre el corazón de Francia y ha contado sus latidos cada vez más lentos; ha medido la inercia de Inglaterra, tan murmuradora como inactiva; tiene sujeta á Rusia por los recuerdos de Polonia; arrastra en pos de sí á la pobre Austria, inicuá, pero con escrúpulos y que perpetuamente empieza actos de contrición que no acaba; tiene absolutamente dominada á la Dieta, y poniéndose, en aquel entonces, en lugar de la Confederación en el Holstein, ocupa Rendsburgo, como más adelante ocupará Hannóver, Cassel ó Francfort. Merced á una artificiosa coposición, ha creado en los ducados del Elba un territorio litigioso, de donde surgirá la guerra cuando él quiera; y aunque todavía no ha hecho nada grande, lo ha preparado todo: «Una vez dueños de los ducados, decía, dejaremos completamente tranquila á Dinamarca.» En efecto, ¿qué le importa Cristián IX? Dinamarca no ha sido para él más que un campo de experiencias. Desde ahora puede mucho; que se le presente un aliado, y de no sobrevenir un vigoroso despertar del derecho, lo podrá todo. En aquel momento es cuando se acuerda de la patria de Cavour; entonces el «Piamonte del Norte,» como Rechberg llamaba á Prusia, tiende la mano al Piamonte del Mediodía.

(1) Correspondencia inédita.

LIBRO VIGÉSIMONONO

EL CONFLICTO AUSTRO-PRUSIANO

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Bismarck y el duque de Augustemburgo.—Cuáles son las miras inmediatas y los planes remotos del canciller prusiano.—Cómo se altera la alianza austro-prusiana: qué causas difieren entre las dos potencias alemanas el conflicto que, desde luego, parece casi inevitable.—Cómo Bismarck se inclina á Italia y á Francia.
- II.—*Prusia é Italia*: con qué reservas debe escucharse la máxima de que la unidad alemana salió de la unidad italiana.—Recelos de Prusia contra el nuevo reino de Italia, causas de esos celos: cómo Italia se vuelve desconfiada á su vez.—Bismarck primer ministro: señales contradictorias de buena voluntad y de desvío.—La Convención de 15 de septiembre de 1864: cómo los italianos, temporalmente distraídos de Roma, ponen toda su atención en Venecia y buscan de nuevo la alianza prusiana.—Nuevos síntomas contradictorios.—Cómo la tirantez creciente de las relaciones con Austria inclina al fin la Prusia hacia la alianza italiana: entrevista del Sr. de Usedom con el general La Marmorá durante el verano de 1865.
- III.—*Prusia y el Imperio francés*: qué motivos inclinan á Napoleón hacia Prusia.—Numerosos testimonios de su buena voluntad.—Cómo Bismarck procura, por su parte, captarse las simpatías de Francia: de qué manera cultiva cada vez más la amistad francesa á medida que se desenvuelven sus proyectos: curiosa entrevista del canciller prusiano con el duque de Gramont (25 de agosto de 1864): el general Roon en Francia.—El Sr. de Goltz: de qué manera y por qué medio empieza á afirmarse su influencia cerca del emperador: cómo piensa, desde principios de 1865, en una alianza con Francia, y cómo acoge Bismarck ese proyecto.
- IV.—Mala inteligencia creciente entre Prusia y Austria.—Pretensiones prusianas y singular despacho de Bismarck (22 de enero de 1865).—Moción de la Dieta (6 de abril de 1865).—Los síndicos de la corona y su decisión.—Cómo el desacuerdo se halla á punto de degenerar en conflicto.—Convención de Gastein (14 de agosto de 1865): cuán precaria es esa reconciliación.
- V.—Bismarck en Biarritz: en qué la entrevista de Biarritz difiere de la entrevista de Plombières.—Conferencias con Napoleón.—Enseñanzas que saca Bismarck de sus conversaciones con el emperador.
- VI.—*Prusia é Italia*: negociaciones intentadas en Viena por el gabinete de Florencia.—Sugestiones de Bismarck.—Perplejidades en Florencia.—Qué consideraciones determinarán á Italia á alejarse ó á aproximarse á Prusia.
- VII.—De cómo el año de 1866 es el año de la ruptura: el Sleswig-Holstein: graves notas cambiadas entre Berlín y Viena.—Rumores de guerra: acción de Bismarck en la corte y cerca del rey.—La Cámara de los diputados es prorrogada.—Gran consejo celebrado el 28 de febrero de 1866.
- VIII.—*Alianza de Prusia é Italia*.—El emperador Napoleón y el Sr. Nigra: proyecto de negociaciones en Berlín y en Viena.—Misión del general Gavone en Berlín.—Su primera entrevista con Bismarck.—Cómo se desvanece la esperanza de un arreglo con Austria.—Negociaciones continuadas en Berlín: Bismarck y Gavone: mutuas desconfianzas.—Qué consejo da Napoleón.—Firma del tratado (8 de abril de 1866).
- IX.—Cómo todo conduce á la guerra.—Los tres pretextos del conflicto; Sleswig-Holstein: reforma federal: armamentos austriacos.—Cómo, después de una breve esperanza de apaciguamiento, el horizonte se oscurece del todo.
- X.—El emperador Napoleón y Prusia: cómo todos los pensamientos convergen hacia Napoleón: primeras conferencias sobre las compensaciones: bajo qué aspecto disimula Bismarck sus designios: desorden y confusión de la política imperial.
- XI.—La opinión pública en Francia: el Cuerpo legislativo: sesión del 3 de mayo de 1866: declaraciones de Rouher: memorable discurso de Thiers, y manifestación que promueve este discurso.
- XII.—El discurso de Auxerre; cómo es interpretado.—Nuevo proyecto de cesión de Venecia.—Cambio de mensajes entre Berlín y Viena.—Proyecto de Congreso: cómo fracasa.
- XIII.—Últimos preparativos y últimas negociaciones antes de la guerra.—Napoleón III: manifiesto de 12 de junio: su solicitud en pro de Venecia.—Confusión general en Alemania.—Rómpanse las hostilidades.

I

En 1.º de junio de 1864, el duque Federico de Augustemburgo llegó contento á Berlín. Tres días antes, en la Conferencia de Londres, el plenipotenciario de Austria había proclamado sus derechos sobre los ducados, y el representante de Prusia, lejos de rechazar la candidatura, había parecido adoptarla. El príncipe apresuróse á ir á dar las gracias á Bismarck, á quien hasta entonces había tenido por enemigo, indudablemente sin razón. El primer ministro lo recibió muy bien, confirmó con suma benevolencia las intenciones generosas de su corte y enumeró, sin asomo de ironía, las cargas

de la donación que su monarca estaba dispuesto á ratificar. Atento observador de todo, el presidente del consejo se había persuadido de que el nuevo Estado, situado al extremo septentrional de Alemania y mal provisto de límites naturales, estaría expuesto á muchas desgracias si no se apoyaba en un aliado poderoso, en un aliado íntimo, que fuese protector y amigo al mismo tiempo. Vecina del Sleswig-Holstein, Prusia parecía llamada, por una providencial vocación, á desempeñar una misión tutelar. Seguramente el duque sería proclamado soberano. Pero, á fin de evitarle todo peligro, el rey Guillermo se encargaría de reclutar y organizar sus fuerzas militares y se tomaría además el trabajo de man-

darlas. En un Estado que confinaba con dos mares, las defensas marítimas eran tan importantes como las defensas terrestres. Por esto se atendería á la armada lo mismo que al ejército. Una inteligente exploración de las costas había sugerido á Bismarck otra idea. En el litoral de los ducados se abría una segura y profunda rada, la de Kiel, que no guardaba proporción alguna con las necesidades de un pequeño principado, pero que sería muy preciosa para una poderosa monarquía que buscaba entonces un establecimiento naval. Muy convencido de aquella oportunidad, el ministro se aseguraba el derecho de fortificar y ocupar á Kiel. Esa reivindicación principal traía otras conexas; y como se tenía en proyecto un canal de navegación para unir el Báltico con el mar del Norte, Prusia se atribuía la propiedad del canal, so pretexto de que ella era la única capaz de construirlo, utilizarlo y defenderlo. Celoso protector del nuevo soberano contra todo ataque extranjero, el consejero del rey Guillermo no se mostraba menos celoso en aligerarle el peso de la administración interior. A este fin hacía que los ducados entrasen en el sistema aduanero prusiano, y reclamaba para su país el libre uso de ciertas vías de comunicación; además se encargaba de la administración de correos, y naturalmente de la de telégrafos también. De vez en cuando, Bismarck se interrumpía, como si buscara alguna nueva muestra de solicitud. Al fin se detuvo, como quien ha agotado la lista de sus beneficios. El primer ministro hubiera podido seguir hablando así largo tiempo, tan sofocado de sorpresa se hallaba el pobre pretendiente. Al volver de su asombro, se deshizo en palabras amargas, diciendo que Prusia hubiera podido conquistar su gratitud procediendo bien con él, en vez de encadenarlo con servidumbres. A lo cual replicó Bismarck sin descóncertarse que, de todas maneras, Prusia contaba con el agradecimiento del que acababa de elevar al rango supremo. Siendo demasiado fuerte la ironía, el pseudo soberano estalló, y la entrevista acabó en mutuas quejas. El príncipe se indignó de que quisiesen hacerle esclavo, y el ministro de habérselas con un ingrato.

Esta pequeña escena pinta al vivo las ambiciones prusianas. Sin embargo, no descubre más que la mitad. Aun antes de que terminase la guerra, Prusia había querido cortar las alas á las ilusiones del cándido pretendiente que Austria acababa de proclamar y que ella misma de pronto no había desautorizado. Cuando, cuatro meses después, por el tratado de 30 de octubre de 1864, Cristián IX entregó á las dos grandes potencias alemanas el Sleswig, el Holstein y el Lauenburgo, una sola interpretación fué admitida en Berlín, la que atribuyese á la monarquía de los Hohenzollern todos los frutos de la victoria. De un extremo al otro de Alemania, la audacia pareció grande. ¡Cuál no hubiera sido la sorpresa si se hubiese podido adivinar que lo que el público veía y juzgaba ya temerario no era más que una pequeña parte del programa del porvenir! Desde 1864, Bismarck persigue dos fines: un fin inmediato, que no oculta, y un fin remoto que no deja entrever sino raras veces y que suele ocultar á todo el mundo, sin exceptuar al rey. El fin inmediato es la anexión real ó disimulada del Sleswig, del Holstein y del Lauenburgo. Pero, en las combinaciones de Bismarck, la cuestión danesa no es más que el prólogo de su obra. Desde

1815, una regla constante había dirigido toda la política austriaca: aquella conducta consistía en atar á Prusia con los sabios y complicados lazos de la Confederación germánica, á fin de paralizar de este modo sus iniciativas, reprimir todas sus veleidades de emancipación, poner, en una palabra, á todas sus empresas un *veto* que partiese discretamente de Viena y fuese públicamente formulado en la Dieta de Francfort. Aquellas prácticas tradicionales, muy provechosas para la paz del mundo aunque á menudo inspiradas por cálculos vulgares, se habían disimulado con mucha circunspección, hasta que Schwarzenberg, el audaz ministro de un día, las manifestó, procurando humillar á los que hubiera bastado contener. Esos lazos son los que Bismarck quiere romper para siempre. Ese es el fin remoto hacia el cual tienden todos sus esfuerzos. Entre Austria y su país Bismarck ha establecido en Sleswig-Holstein una pérfa indivisión, estado de cosas lleno de incertidumbres, fecundo en celadas, el más propicio para suscitar pleitos entre los particulares y la guerra entre los pueblos. Todo su arte consistirá en pervertir la alianza y utilizar para la lucha todo lo estipulado para la paz. Terminará laboriosamente el tren de guerra que el paciente trabajo de varias generaciones ha preparado; y atenderá tanto á completar sus propios armamentos como á denunciar los armamentos ajenos. Poco á poco, á sacudidas, quebrantará el edificio, no ya muy sólido, de la Dieta. Y después de haber minado artificiosamente todo lo que estorba á sus ambiciones, empezará su obra capital, que consistirá en empujar al Austria—suavemente, si es posible, ó por la fuerza, si es necesario—hasta el Sur de Alemania y hacia el Oriente quizá. El último acto del drama, al menos el que ha de representarse en tierra germánica, consistirá en establecer sólidamente el poderío prusiano hasta el Mein y tal vez, por medio de tratados subrepticios, en llevarlo más allá. Tal es la empresa que Bismarck medita desde luego, al menos en sus grandes líneas; pues para el desarrollo ulterior de los hechos se abandona, como de costumbre, á la suerte. Si la tarea exige *hierro y fuego*, como lo tiene pronosticado, cuenta para realizarla con los recursos de su país, con el patriotismo de su rey, con su propio ingenio y, sobre todo, con las faltas de su adversario.

En Viena nadie sospechaba entonces tan vastos y formidables designios. Sin embargo, lo poco que se vislumbraba de las ambiciones prusianas bastaba para mantener en la corte y en los círculos oficiales un malestar lleno de aprensiones. La malhadada conquista pesaba como una incómoda carga que no era posible guardar sin contienda, ni abandonar á una potencia rival sin humillación. Siguiendo á Prusia hasta las riberas del Eider, Austria había creído encarnar en sí las aspiraciones nacionales y complacer sobre todo á la Confederación germánica, y resultaba que aquella equívoca aventura conducía á la gran confusión de la Dieta, obligada á retirar sus tropas de los ducados, excluida de las negociaciones de la paz, burlada por la Prusia y, ¡cosa increíble!, por la misma Austria. «La alianza se rompe á ojos vistas,» escribía de Viena á fines del verano nuestro embajador, Sr. de Gramont. Poco tiempo después, el emperador Francisco José cambió de ministerio, y á Rechberg sucedió el conde Mensdorff-Pouilly.

Este era un militar correcto y leal, más apto para servir fielmente á su soberano que para sostener, en circunstancias difíciles, la pesada carga del gobierno. Sobre la cuestión de los ducados, de pronto guardó silencio: después, como si hubiese hecho un descubrimiento, se quejó de que Bismarck, prolongando la posesión, quería apurar la paciencia de Austria para que ésta abandonase sus derechos comunes. Mientras tanto, llegaban á Viena toda clase de advertencias. «¡Cuidado!, decía el representante de Baviera al jefe del gabinete austriaco; Prusia instala sus baterías. Si os dormís en la seguridad, el mejor día vuestra aliada os anunciará tranquilamente que, convencida de su derecho y de la aspiración del país, ha resuelto anexionarse los ducados.—Entonces reclamaremos la mitad, replicó resueltamente Mensdorff.—No os hagáis ilusiones, Prusia se habrá preparado con tiempo, y tendréis que ejercer vuestras reivindicaciones con las armas en la mano.» Visiblemente el cálculo de Bismarck consistía en prolongar la indivisión, á fin de que el Austria se hastiase de su lejana é inútil conquista en los confines de los países escandinavos. En el entretanto, implantaría tan vigorosamente en las nuevas provincias el régimen prusiano que la anexión se haría por sí sola, por la fuerza de la costumbre, por la comunidad de intereses, por la corriente del espíritu público. Ultimamente, como si le hubiesen asaltado escrúpulos, había convocado á los *consejeros legistas de la corona* y, entregándoles el voluminoso expediente de la sucesión de los ducados, les había encargado que aclarasen lo que en él se presentaba un nuevo medio de ganar tiempo y aprovecharlo para consolidar la implantación ya empezada? Esa política se revelaba cada vez más á los ojos del público vienés. Descontenta de los demás, Austria no lo estaba menos de sí misma. Los ducados representaban á sus ojos el bien mal adquirido, y al pesar de la injusticia se añadía para ella la perspectiva de los inextricables embrazos que la misma injusticia acarrearía.

En medio de aquellas desconianzas é inquietudes terminó el año de 1864. Para no comprometer su obra, Bismarck se verá obligado á tomar toda clase de precauciones. Muchos de los que en las márgenes del Spree decían pestes de «sus buenos amigos del Danubio» hubiesen retrocedido espantados á la idea de una lucha contra aquella poderosa Austria que era objeto de sus censuras y de su envidia, pero que parecía, á pesar de todo, la depositaria de las tradiciones antiguas y conservaba todavía un prestigio mayor que los celos que despertaba. Precipitando demasiado el desenlace, se corría el peligro de sublevar contra sí á los conservadores legitimistas y feudales que consideraban la monarquía austriaca como el fundamento del orden europeo, á los cortesanos unidos á Viena por toda clase de relaciones sociales y parentescos, y á la gran masa de los que consideraban como una guerra fratricida toda lucha entre pueblos alemanes. Hasta los militares temían el resultado de un duelo tan formidable. El más rebelde sería quizá el rey, íntimo amigo de Francisco José. Bismarck conseguiría excitar el amor propio del rey y de la nación, persuadiendo á uno y otra que se les provocaba. El año de 1865, que empezaba, sería, pues, el año en que todo se prepararía, sin que nada se

consumase aún. Esa tregua necesaria permitiría al canciller prusiano calcular detenidamente el grado de concurso ó de hostilidad que sus designios encontrarían en Europa. Créase seguro de Rusia y temía poco á Inglaterra. En cambio, ¿qué haría Italia que acababa de fundarse? ¿Qué haría Francia, dueña de favorecerlo ó prohibirlo todo? Entonces fué cuando Bismarck consideró oportuno presentar el auxilio que podría pedir á la una y la tolerancia que podría esperar de la otra.

II

Es creencia común en política que la unidad alemana salió de la unidad italiana, y esta máxima es cierta, admitiéndola de un modo general.

Prusia había observado con atención más malévola que simpática los primeros engrandecimientos piamonteses; pero en 1859, el Sr. Schleinitz, jefe entonces del gabinete de Berlín, tuvo un día la visión clara del porvenir, aventurándose á decir á los delegados de Toscana que el principio de las nacionalidades aplicado en Italia no podía menos de ser grato y provechoso á su propio país. Y el representante de Cerdeña en la corte prusiana, Sr. de Launay, en sus entrevistas con el primer ministro, procuró en distintas ocasiones hacerle ver que los príncipes de Saboya podrían ser unos precursores para los Hohenzollern. El Sr. de Schleinitz escuchaba estas palabras con extraordinaria atención; pero cuando las sugerencias tomaban un sesgo demasiado directo, invocaba los escrúpulos del rey, muy devoto, según él decía, á los principios de legitimidad, y abreviaba la conversación como si temiera comprometerse (1). Después de la batalla de Castelfidardo, cuando el Sr. Brassier de Saint-Simón, ministro de Prusia en Turín, fué, como otros diplomáticos, á protestar contra la violación del derecho, Cavour le recibió con su habitual cortesía y en tono sosegado le replicó con una sola frase que encerraba una predicción perspicaz á la vez que una insinuación discreta: «Algún día, le dijo, nos daréis las gracias por haberos abierto el camino (2).» La insinuación no fué recogida y la predicción se juzgó temeraria hasta la impiedad. Al año siguiente, habiendo sido enviado La Marmora á Berlín para asistir á la coronación del rey Guillermo, consideróse la ocasión propicia para nuevas confidencias en las que se llamaría la atención sobre las analogías existentes entre ambos pueblos y se insistiría en el papel histórico de Prusia. A las primeras palabras del general, el monarca varió la conversación, y poniéndose á hablar de asuntos militares, le interrogó muy amablemente sobre la campaña de Crimea (3). Es indudable que desde entonces Prusia siguió con más atención los progresos de Cerdeña; pero el gobierno prusiano era demasiado ordenado, demasiado metódico, demasiado adicto á los principios de conservación social, para ver con mucho agrado una empresa que tenía todas las apariencias de una

(1) Véase Nicomedes Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 239-241.

(2) Nicomedes Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 356-357.

(3) Véase general La Marmora, *Un peu plus de lumière*.—Véase también *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, págs. 683-689.